EL INSTRUCTOR

PERIODICO FUNDADO EN 1884.

Consagrado á la difusión de las ciencias físicas y naturales, de la lingüística, filología y literatura clásica.

Director:—Dr. JESUS DIAZ DE LEON.

Srio. honorario:—Sr. Senador Alejandro V. del Mercado.

Administrador:—RICARDO RODRIGUEZ ROMO.

Derechos de propiedad, de las obras que se publiquen en este periódico, asegurados conforme á la ley.

AÑO XVII. Aguascalientes, (México,) Septiembre de 1900. NUM. 5.

APUNTES PARA UNA TESIS

—SOBRE LA—

INMORTALIDAD DEL ALMA

—POR EL—

Dr. Jesús Díaz de León.

EDICION ESPECIAL de "EL INSTRUCTOR."

El hombre que consagra su vida al progreso de la ciencia, bajo cualquier aspecto que se la considere ó en cualquiera de sus importantes ramificaciones, es acreedor al título de benefactor y la sociedad cumple con un deber de justicia inscribiendo su nombre en el libro de los inmortales. El amor á la gloria, el deseo de conocer las leyes misteriosas que gobiernan el mayor número de hechos, el anhelo de hacer un bien á sus semejantes y de forjarse un porvenir tranquilo y lisonjero, son estímulos bastante poderosos para lanzar al hombre por el sendero espinoso y estrecho del estudio de las ciencias y consagrar las horas más importantes de su vida á la meditación y la recolección de observaciones, de pensamientos y de datos para comprobar nuevas verdades, para descubrir nuevos secretos que la naturaleza sólo entrega á los que saben conquistarlos con afán y con sacrificios.

Pero el problema más importante, aquel que el hombre debiera perseguir por su propio bien, es el que menos se estudia, y cuando por casualidad se le toca, se le convierte en arma de partido religioso ó se sostiene inconscientemente lo que se ha aprendido desde los primeros años de la vida ó lo que más conviene al modo de ser moral y aun social del hombre. Este problema es el que envuelve la creencia en la inmortalidad del alma y en su destino futuro.

En nuestro concepto, es el problema que más cúmulo de conocimientos necesita y el que exige un criterio recto, privado de toda preocupación y solución preconcebida, para fundar una convicción inquebrantable. No negamos que la fe sincera y robusta de las almas buenas asienten sin vacilación á la inmortalidad del alma; pero cuántas veces, los rigores del infortunio, la injusticia reinando sobre la tierra, el silencio absoluto de los que abandonan este mundo, hacen sentir el frío de la duda á las almas llenas de fe y por un momento caen en el materialismo, en el anonadamiento, de cuyo estado salen, gracias al auxilio de la religión ó sea de la misma fe que renace como el fénix de las cenizas de una creencia, dejando siempre en el fondo del alma después de la primera lucha, un asiento de duda que sólo el temor de ver aniquilado todo el edificio moral del individuo, da energía para luchar sosteniendo la fe á fuerza de trabajar por sostenerla.

En nuestro concepto la fe religiosa debe tener un vigor en el espíritu como la fe científica, capaz de resistir todos los huracanes de la duda y el escepticismo. La creencia religiosa es como la última expresión del mundo moral de un sér recto, justo y sereno en sus convicciones. Y decimos creencia religiosa, porque el fundamento de una religión se haya en la noción más ó menos pura de la existencia del alma, de su inmortalidad y su destino, sea cual fuere, de ultratumba. Sin la noción de la existencia del alma, todas las demás fórmu-

las de la religión natural, revelada ó convencional, no pasan de meras supersticiones. Si el alma humana no existe, ¿para qué preocuparse lo más mínimo de la existencia de Dios, de la armonía del universo, de la misión terrenal del hombre, en fin? ¿Qué significa la fórmula del progreso en el orden moral? ¿Qué valor tiene la noción de justicia en el orden social? Es posible concebir á Dios aun cuando no hubiese una especie de seres que se elevasen hasta esa noción; pero una vez dada esa noción en el hombre, no es posible limitar la lucha del progreso á la sola satisfacción de unos cuantos sobre la tierra.

Pero ya que ha sido puesta en tela de juicio la existencia del alma, apareciendo el materialismo como una novedad científica, cuando en todas las épocas ha habido hombres que conozcan mal al hombre y que quizá por un daltonismo psíquico, no hayan podido elevarse hasta la comprensión de la parte espiritual del sér humano, preciso es investigar con toda seriedad los razonamientos que pueden fundar una creencia sobre la existencia del alma. Y nótese que decimos una creencia y no una doctrina filosófica, porque se trata de que esa noción tenga profundas raíces en la conciencia y no esté expuesta á naufragar como naufraga la fe cayendo en el extremo opuesto, el escepticismo, ó que razonamientos más vivos hagan mejor impresión en el espíritu y se cambie de doctrina, es decir, de manera de pensar, porque el incentivo de la novedad tiene más energía vital que lo que aparece como anticuado.

La creencia en la existencia del alma aparece arraigada en la conciencia humana como un verdadero legado de tradición más que como el producto de la reflexión, y aun entre los hombres de una educación no común, es frecuente verlos sostener esta creencia con los argumentos más vulgares que desdicen del grado de cultura que poseen; más aún, toda discusión sobre las facultades del alma en que se hace intervenir como factor indispensable para su desenvolvimiento el cerebro y sus funciones, les produce el escándalo de una tesis materialista La verdad es que el hombre consagra más su atención á todo lo que le rodea y tiene la espectativa de producirle alguna utilidad, que al conocimiento de sí mismo en lo cual no encuentra grandes ventajas. El que cree con fe en la existencia del alma, poco le interesa el meterse en dificultades, y para quien no tiene tal convicción, carece de atractivo un estudio ó la simple reflexión sobre este asunto.

Para nosotros este problema ha sido el más grandioso de todos los que han ocupado nuestra atención. Creemos, sin embargo, que el hombre, tal como lo comprendemos, es impotente para resolverlo y más aún para demostrarlo. Pero entonces, ¿á qué fin consagrar inútilmente un tiempo que podría ser más provechoso ocupándolo en asuntos de más utilidad? De más utilidad sí, pero no de más importancia. La cuestión se reduce entónces á estos términos. Si la existencia del alma es una realidad á la cual se puede asentir con todos los datos que la ciencia puede ofrecer al hombre para descansar en ellos su creencia, entonces, como un corolario forzoso, la humanidad tiene que llegar, tarde ó temprano, á esa concepción y fundar en ella todas sus aspiraciones de perfeccionamiento, de bienestar y de felicidad, tanto individuales como colectivas. Pero si tal creencia es un mito, entonces la ley del progreso está minada por su base y el hombre es sólo un juguete de las fuerzas naturales y no vale la pena ningún esfuerzo para alcanzar un porvenir mejor. Todos los argumentos en favor de la evolución orgánica no bastarán para contener los ímpetus del malvado que ve definido su destino sobre la tierra, ni serán bastantes para llenar las esperanzas de la virtud que sufre. Porque la humanidad actual tiene que ser siempre la misma por más que marche á su más alto grado de perfección. Decid al poderoso que tras él nada queda y que sólo lleva al sepulcro lo que haya disfrutado, y la ley del progreso le parecerá muy sabia mientras no le llegue su turno de padecer; pero convenced á los desheredados de que es preciso que se conformen con sufrir porque así lo exige la ley del progreso, y estamos seguros que no habrá uno solo que se conforme con una ley sin objeto. Decidles que en su mano está alcanzar el perfeccionamiento, el cual indudablemente se fundará en ser bastante ricos para luchar contra el medio cósmico y el medio social, y se encontrarán con la ley de la concurrencia vital que les estorbará el paso, y llenos del mayor desaliento, dejarán de concurrir con su contingente á la grande obra.

No, las leyes naturales ofrecen una armonía perfecta y deben concurrir en sus manifestaciones á algún fin que no es dable conocer á la raquítica inteligencia del hombre. Bástenos saber que en ese fin estará llamado á tomar participio el hombre, puesto que ha conocido que el universo no es un simple juguete de las fuerzas ciegas de la naturaleza, y que si hay una ley de progreso que el hombre ha deletreado, tiene que silabearla más adelante para leerla al fin de la jornada, es decir, cuando haya alcanzado esa perfección que su misma constitución le ha hecho presentir.

Supongamos que la tierra ha ocupado muchos millones de años para llegar al estado actual, comenzando su existencias desde el simple estado de niebla cósmica, y que dentro de algunos otros millones de años rodará en el vacío convertida su superficie en un sudario que cubre muchos millones de millones de hombres nacidos de ella y vueltos á ella, es decir, la tierra misma modelada ya con los despojos de los organismos y las humanidades que ha producido y devorado á la vez. ¿Qué objeto tuvo la vida en la tierra? ¿Qué objeto tuvo el perfeccionamiento de la humanidad? Ante esta solución, ni el hombre más abnegado se siente con fuerzas para luchar. Si se dice que la inmortalidad no pertenece al individuo, sino á la especie, ¿qué más da que el hombre de hoy sobreviva en mil generaciones, que el que se extinga con su nombre el germen de una especie? Una vez llegado al final del perfeccionamiento ¿el rico del porvenir será más humano ó más ambicioso, el pobre más humilde ó más desgraciado, la virtud habrá vencido al vicio, la justicia imperará sobre la brutalidad, la astucia y la fuerza? Y suponiendo que todo esto se consiga ¿cuál ha sido el objeto de tanto trabajo, de tantas lágrimas, de tantas luchas?.....

Hemos dicho que concebimos el universo como un todo armónico, y que la vida de los seres está ligada de unos á otros, sólo el hombre termina esa cadena cuyo eslabón se pierde en la obscuridad de un caos sin nombre. Si la vida ha comenzado por una simple materia plasmática y por diferenciaciones sucesivas en esa substancia ha llegado á brillar allí la luz de la inteligencia; esa cadena tiene dos cabos, uno es conocido ya para la ciencia ¿en dónde terminará el otro?

Si la ciencia actual es bastante rigorista para no aceptar una ley que no esté suficientemente comprobada por la universalidad de los hechos que la traducen á la investigación humana, si no acepta ninguna doctrina que escape á los preceptos de la demostración, no por eso tiene energía suficiente para negar la realidad de los hechos, por más que éstos le sean perfectamente inexplicables. He aquí los umbrales del misterio. Y si bien no es posible concebir ninguna religión que no esté fundada en el misterio, tampoco podemos decir que la ciencia ha dicho la última palabra sobre sus misterios mismos, porque la ciencia los tiene tan insondables como los tiene la religión. Ahora bien es un hecho que la humanidad una vez llegada á cierto grado de cultura; ha perseguido un ideal que jamás ha comprendido, y bajo las diversas formas que la naturaleza de sus creencias le han impreso, ha buscado la solución del destino del hombre, no sólo sobre la tierra, sino aún su destino futuro de ultratumba. La creencia en la existencia del alma ha sido universal, y la creencia en la inmortalidad lo ha sido también. Este es un hecho. Y, puesto que ha existido y existe, sin tratar de explicarlo por éste ó aquél medio, ni reducirlo á un fenómeno determinado, el hecho en sí está revelando que debe haber algo tras esa creencia universal, es decir, que debe tener un objeto. Suponer que esta creencia sea sólo un producto de la organización que permite la conservación de la energía psíquica, para que el hombre no desmaye en la lucha y pueda conservarse la especie humana obedeciendo á la ley de la evolución, es tan poco sensato, que desconoce desde luego la armonía y coorrelación de las leyes naturales. Efectivamente, la especie humana podía conservarse como se conservan todas las especies animales, sin necesidad de esa lucha secular que impele á las generaciones hacia el progreso por el trabajo de perfeccionamiento moral é intelectual, llevado á cabo por los individuos. Aquí resalta ya un hecho, y es que el perferccionamiento colectivo de la humanidad no es mas que la resultante del perfeccionamiento individual. Luego el trabajo psíquico del individuo debe tener un fin, que no es el del perfeccionamiento humano, puesto que el hombre trabaja para sí y no para la humanidad, ó lo que es lo mismo, el altruísmo está subalternado al egoísmo, porque nadie se preocupa de forjarse un mundo moral para que disfruten de sus beneficios los demás. Y si el hombre se somete á mil sacrificios, contrariedades y privaciones, es con un fin, el de la cultura de su espíritu, y trabaja en esa cultura moral firme en la creencia de que su espíritu tiene una misión que llenar en la vida de ultratumba. ¿Qué les inspira esa fe, esa seguridad en la existencia de un espíritu que habrá de romper las cadenas de la materia para vivir en regiones más puras continuando su obra de perfeccionamiento? Es presisamente la subordinación de su sér material á su sér moral. ¿Podrá atribuirse á superstición, á alucinación, á sugestión éste hecho que forma el carácter, el armazón, digámoslo así, de toda la vida intelectual de un hombre y aún de su influjo más ó menos poderoso en la vida social? Aun suponiendo que muchas creencias tengan algo de supersticioso, si es un hecho que en el fondo de todas las supersticiones hay algo de verdad, en la creencia de la existencia del alma, una vez despojada de todas las aberraciones, ¿qué queda? La idea pura y simple en el asentimiento universal á la exis-

tencia del alma. Otra suposición. Si en lugar de ser un misterio para el hombre al cual se vé atraído por las mismas necesidades de su organización, se llegase de la noche á la mañana á demostrar la existencia del alma de una manera tan contundente que no hubiese un solo sér humano que no la comprendiese, ¿sería fácil imaginar la revolución que este acontecimiento produciría en las ciencias y aún en la organización social? Digámoslo de una vez. ¿La humanidad actual está suficientemente preparada para recibir esta verdad en la esfera de sus conocimientos? No, mil veces no. Griesinger ha dicho que la constitución intelectual del hombre es tan raquítica, que si un angel bajado del cielo nos explicase la existencia del alma y sus relaciones con el cuerpo, no lo comprenderíamos. Y ésto es una verdad tan manifiesta, que apenas necesita demostración, pero no es por demás establecer una comparación. Aún los descubrimientos científicos cuyo terreno está ya preparado para comprobarse y se tienen á la mano los medios de demostración, se reciben con desconfianza y aún se rechazan de plano: ejemplo, la aplicación del vapor. ¿Cómo no sería rechazado como visionario el que llegase á sostener bajo una forma científica la existencia del alma? Es evidente, y tal es nuestra convicción, que lo que hoy es un misterio para la humanidad actual, llegará á ser en el curso de los siglos un problema que acabará por descifrarse; pero quedará sobre esa solución un misterio que no le será dable á la humanidad, tal como hoy la concebimos, el llegar á descubrir.

Aquí es preciso connotar las palabras misterio y problema tal como las entendemos nosotros. El misterio versa sobre un fenómeno ó una serie de fenómenos cuyas leyes no están al alcance de la inteligencia por más avanzada que se suponga en sus medios de investigación, y el problema es un fenómeno ó una serie de fenómenos cuya ley no se ha podido encontrar, porque se carece aun de hechos ó datos que puedan guiar el espíritu á la concepción del fenómeno en sí mismo y en sus relaciones con otros conocidos ya. La fotografía de colores es un problema que se resolverá cuando las ciencias hayan preparado todos los elementos necesarios para relacionarlos y determinar el fenómeno buscado; el problema se habrá resuelto. ¿Es posible? Sí, porque versa sobre hechos del orden físico y químico, y el secreto consiste en que la ciencia no ha logrado relacionarlos en el sentido del fin deseado. La esencia de la materia y de la fuerza será un misterio para el hombre hasta la consumación de los siglos si no cambia su organización y su potencia intelectual. Pero la existencia del alma va adquiriendo científicamente la categoría de un problema que el hombre del porvenir llegará á resolver y aun nos atrevemos á afirmar que á comprobar; pero ante la solución de ese problema se levantará imponente el gran misterio de su destino futuro. Hoy por hoy, creemos que éste será insoluble para el hombre tal como se halla organizado. Pero ¿qué importa que se levante ante la inteligencia un misterio, si el gran problema está ya resuelto? En todo caso, queda reducido al que pudiera plantearse actualmente al nacimiento de una criatura, cuya existencia nadie puede poner en duda, pero que también nadie podrá afirmar cual será su porvenir.

Lo que viene haciendo espinoso el abordar el estudio sobre la existencia del alma, es precisamente el divorcio en que se encuentran actualmente la religión y la ciencia, dada la actitud que han tomado, parecen irreconciliables. Afirmar, pues, lo que la una niega creyendo ser la única poseedora de la verdad, es colocarse resueltamente en el terreno de uno de los dos bandos y convertirse de grado ó por fuerza de enemigo irreconciliable del otro. Esta actitud no será ni difícil, ni falsa, para el que busque sólo la satisfacción de las verdades intelectuales ó la magia seductora de las afirmaciones del sentimiento, ó bien, para el que á la faz de un número de correligionarios, pretenda aparecer como hombre de fe ó como hombre de ciencia. Este último papel, por desgracia muy común, es el más desgraciado de todos, porque el hombre ganará en gloria lo que pierde en la firmeza de sus convicciones hasta convertirse en un verdadero autómata de ideas agenas, incapaz de producir nada de su propia reflexión. Pero al hombre de corazón y de inteligencia, para aquel cuya organización no esté manca que necesite por una parte el encanto de la creencia y por otra, la satisfacción del conocimiento, ese hombre sentirá bien pronto dentro de sí mismo los efectos de la lucha social y acabará por llevar á su conciencia el veneno de la duda. Buscará en su agonía moral un medio de conciliación y no le hallará fácilmente, por la sencilla razón de que la religión ha sembrado odios y rencores contra la ciencia, y ésta á su vez, altiva con sus conquistas, ha enseñado que sólo son puerilidades las afirmaciones de la religión. Resulta un hecho palmario que es de observación diaria; que los hombres de ciencia son verdaderos ignorantes aun en la historia religiosa de la humanidad, no sólo en una religión determinada, y los hombres que se dedican á los estudios metafísicos, encuentran que es pro-

fano y falaz todo estudio que los inicie en los secretos de la naturaleza. ¿Cómo, pues, se pueden avenir los dos partidos? Es muy frecuente aun en la vida íntima, que al tratar científicamente algunos puntos psicológicos, es bastante mencionar al cerebro para que se tache de materialista al hombre de ciencia, y éste á su vez, tiene como ignorante á su contrario. ¿Será fácil que lleguen á entenderse cuando ha surgido entrambos la desconfianza y el desprecio? Pues lo que pasa entre dos individuos se observa en los hombres que por su talento y su ilustración parcial, dirigen la inteligencia de las masas también en parte, y de aquí la lucha en la vida social, la formación de partidos que hacen degenerar la investigación de la verdad en una simple contienda de opiniones y simpatías personales.

"El mayor mal de nuestra época, dice M. E. Schuré, es que la ciencia y la religión aparecen como dos fuerzas enemigas é irreducibles. Mal intelectual, tanto más pernicioso cuanto que viene de arriba y se infiltra sordamente, pero con seguridad en todos los espíritus, como un veneno sutil que se respira en el aire. Ahora bien, todo mal de la inteligencia se convierte á la larga en un mal del alma, y por lo mismo en un mal social."

Sí, ese mal social consiste principalmente en que el hombre pierde la brújula para orientar sus ideas y acaba por degenerar en el escepticismo científico ó en el fanatismo ignorante. No cabe medio, como no hay medio de reconciliación posible entre la religión y la ciencia. El hombre de recto juicio tiene que optar por cualquier extremo ó detener sus pasos á medio camino para no verse hundido en el abismo de la duda y de la lucha sin tregua entre su corazón y su inteligencia. He aquí el objeto de estas páginas. Si la ciencia tiene que divorciar al corazón de la iteligencia, entonces la ciencia es un instrumento de desorganización individual que acaba por desorganizar á la sociedad misma, lo cual no puede ser, y si la religión es un elemento de tortura en lugar de llevar la beatitud indecible de lo incomprensible siempre soñado, entonces la religión es un mal que debe evitarse, lo cual no es así, según lo demuestra el anhelo constante de la humanidad desde su aparición sobre la tierra. El hecho habla más alto de lo que parece á los espíritus pensadores, porque ha habido hombres de una gran ciencia conciliada con un espíritu profundamente religioso, luego es posible la conciliación cuando se busca con espíritu sereno y amante sólo de poseer la verdad. Mientras las pasiones, la vanidad y el espíritu de partido dominen á unos y á otros, la conciliación será imposible. Pero el día tiene que llegar, y entonces se conocerá mejor la fórmula del progreso, definida hoy en interés de la ciencia, pero no en vista de las aspiraciones de la humanidad. ¿Será que la ciencia tenga que humillarse para aceptar verdades que no puede demostrar, pero que necesita entregar al hombre para que no degenere moralmente, ó será que la religión tenga que sucumbir ante la ciencia, amparándose con el fuego sagrado de sus afirmaciones, que le abren al hombre horizontes desconocidos y le dan esperanzas para que luche con fe siguiendo su destino? Ni la ciencia ni la religión tendrán que pasar por humillaciones mal entendidas. El estudio del hombre mejor comprendido llegará á dar la clave de muchos misterios que hoy la ciencia rechaza como inexplicables y que la religión acepta sin discusión como los gérmenes de un ideal que la humanidad tiene que perseguir el día que comprenda mejor su destino. Hoy por hoy. ¿Cuáles son los ideales que persigue la humanidad? Los hombres avanzados definen este ideal en una fórmula que carece de sentido concreto, el progreso. Comenzamos por no saber definir aún el progreso, y por lo mismo mal podemos fijar su valor para considerarlo como un ideal de la humanidad. Es verdad que ésta marcha á un fin, pero tengamos el valor de confesar que ese fin le es aún totalmente desconocido. Ya veremos si fundados en una inducción científica se puede presentir ese fin; pero no pasando de una inducción á la cual tienen que prestarle su concurso ciencias nacientes aún, no es posible que germine ese ideal en las aspiraciones de la humanidad.

En nuestro concepto no es la ciencia precisamente la que tiene que encaminar al hombre á la solución del gran problema, sino el hombre mismo buscar con todas sus fuerzas morales é intelectuales el medio de satisfacer el vacío que hay en su alma. ¿Por qué hoy en medio de los esplendores de la civilización se siente un malestar indefinible que se traduce de mil modos, indicando que las sociedades no son felices? La ciencia misma ¿á dónde va? Millares de inventores, de sabios dan á luz el producto de muchos años de trabajo, que es recibido con aplauso y se le lleva al festín del progreso. Pero descendamos al fondo y se verá que esos obreros del pogreso han trabajado antes que en el bien de la humanidad, en el bien de sí mismos y más los sabios y los inventores que, careciendo de bienes de fortuna, tienen que buscárselos para descansar los últimos años de su vida. El esplendor de nuestra civilización es el fruto de

la lucha difícil por la vida. Y á medida que la ciencia se declara agnóstica y que el hombre no busca sino los medios de hacer fortuna contaminado con el espíritu de la época, su sér moral degenera y languidece por no decir que se atrofia envuelto en la niebla densa de la duda ó del más cruel escepticismo.

Felizmente comienzan á notarse los síntomas de una reacción favorable: la resurrección de las filosofías de civilizaciones pasadas que tiene que sobrevivir en la conciencia de las generaciones como revelando el ideal que todos los hombres han buscado bajo distintas fases y con distintas vestiduras. El movimiento teosófico, iniciado hace algunos años tratando no de revivir, porque la Teosofía vive en las pagodas como vivía en los tiempos de la civilización bramánica; pero sí de difundir esas doctrinas que vendrán á ahogar algún día la conciencia materialista de nuestra época. Hoy más que nunca hemos conocido en esa evolución de la inteligencia, la armonía que hay en las funciones del organismo social, porque la ciencia agnóstica conduce al materialismo completo y la humanidad tiene que desfallecer en su carrera por falta de ideales que la animen. Pero el movimiento teosófico se prepara para ofrecer á la filosofía de la duda el bálsamo de la esperanza, y decimos de la esperanza porque no es á la humanidad actual á la que toca fundir en un ósculo de paz la religión del alma y la religión de la inteligencia en la concepción de la verdad, es á otras generaciones que hereden esa esperanza y que conozcan todo el horror de la agonía moral de sus antepasados á los que tocará la suerte de ser más felices sabiendo cómo habrá de realizar el hombre su destino y por qué tiene que realizarlo. Pero los que vean como ideas envejecidas, como si nosotros tuviéramos no sólo algo mejor, pero ni aun siquiera algo parecido á lo que nos ha dejado la civilización india, salvo la electricidad y los ferrocarriles, esas resurrecciones de la filosofía de las pagodas, no queremos convencerlos; pero aún tenemos otra prueba que por estar ya bajo el dominio de la ciencia será de mejor efecto y hará inclinar la cabeza: el estudio de los fenómenos hipnóticos y telepáticos que serán elevados á la categoría de fenómenos psíquicos y no como un simple producto de las funciones cerebrales darán la clave de la ciencia del alma. He ahí los elementos fundamentales de la psicología del porvenir, los precursores de nuevas ideas que producirán una reacción grandiosa en la marcha de la humanidad. Cada cosa llega á su hora, y por eso creemos que la teosofía, el hipnotismo, la telepatía y las ciencias astronómicas, están preparando el terreno en que debe fecundar más tarde la ciencia del alma, mejor dicho, el conocimiento perfecto del hombre hasta donde lo permita su organización misma, pues siempre hemos creído que hay fenómenos que no sólo no puede apreciar por la imperfección de sus sentidos, por más que tenga instrumentos que le revelen su presencia, pero que ni aun puede sospechar su existencia precisamente porque carece de medios para ello. ¿Acaso no es posible que hubiera un sentido que nos los revelara de alguna manera como se revela la luz, el fluido magnético? ¿Y si el hombre se encontrara dotado con un sentido semejante no le sería fácil asistir á las transformaciones de la materia, abriéndose ante ese sentido un mundo enteramente nuevo que le ensanchase los horizontes del conocimiento? Pues bien, sentando como base la imperfección de la organización para apreciar todos los fenómenos de la naturaleza, el auxilio poderoso que le presta la ciencia en la investigación de lo desconocido por medio de lo conocido que le va sirviendo de guía, de estímulo y de inspiración, la necesidad psíquica de descansar en una verdad que por su propia naturaleza comprenda y armonice á todas las ya adquiridas, se tiene un camino seguro para realizar en la esfera del conocimiento la aspiración suprema, condensada en la ley de las antiguas filosofías, como único medio de alcanzar la sabiduría, *noce te ipsum*. El hombre es el primer problema que se presenta en los umbrales de la ciencia. Está bien que todo conocimiento tenga un fin práctico, pero una vez realizado éste, preciso es que el hombre se interrogue cuál es el objeto de la ciencia. En este asunto la mayoría de los hombres y aun entre ellos los más doctos hablan de la ciencia como del factor más poderoso en el desenvolvimiento moral é intelectual de las sociedades y pronúncianse con diversos motivos, los nombres siempre sagrados para la humanidad de los apóstoles, de los mártires y aun de los humildes obreros de la ciencia; pero si estrechados un poco para que definan la misión de la ciencia, se llega al verdadero conocimiento de que la humanidad no la ha comprendido aún, y en nuestro concepto, por una razón muy sencilla, porque se ha preocupado más del objeto del conocimiento que del sugeto mismo. El hombre al consagrarse á la grande obra del progreso humano se ha olvidado de sí mismo.

Pero todo, precisamente porque las leyes de la armonía del conocimiento así lo exigen, va tocando á su término. El pensamiento extraviado en los espacios del infinito, consulta la brújula para

orientarse, y la brújula le señala su propio sér. ¡Cosa extraña! El sér que ha sondeado los misterios del infinito, que ha hecho pasar ante su vista como en una fantasmagoría mágica, la evolución de los mundos y el nacimiento de los séres organizados, se encuentra sorprendido ante su sér mismo. No está preparado suficientemente para soportar esa deuteroscopía que le ofrece su propia conciencia, y como no puede quedarse suspendido en un abismo de dudas, refiere á lo que sabe lo que no sabe, pero sin tener su afirmación una base firme, cae luego en el agnosticismo.

Sin embargo, el primer paso está dado; la ciencia misma ha llevado paso á paso al hombre hasta las fronteras del gran problema y lo ha dejado en poder de la esfinge. ¡Cuántas víctimas tienen que sucumbir heladas por el frío de la duda ó consumidas por el fuego de la reflexión antes que llegar á la solución del gran problema! ¡Y con cuánta facilidad se extravía el sendero de la verdad si se comienza por pretender que aquella se sujete á la manera que el hombre puede concebirla! Para llegar á la posesión de una verdad tan importante y trascendente como es la del conocimiento de la *naturaleza humana*, es preciso comenzar por buscarla de la mejor buena fe y sin premisas preconcebidas, porque de otra manera aparece el sectario, el hombre que rinde culto á la moda de su siglo, ó á las ideas de sus contemporáneos con los cuales quiere simpatizar. Desde ese momento sólo encontrará las verdades que le ofrece la experiencia, pero se le escaparán como por encanto las que deben ser el fruto de la reflexión, fundadas en la experiencia, haciendo que la ciencia misma sea su mejor guía en la investigación de lo desconocido.

Tal es el objeto que nos proponemos en este trabajo y por lo mismo comenzaremos por los datos fundamentales del conocimiento objetivo para elevarlos gradualmente hasta el sujeto del conocimienio, y apoyados en la naturaleza misma del hombre, ver si este conocimiento sugiere la noción de la existencia del alma. Una vez llegados á este punto, si la afirmación es completa, nada puede desvirtuar la creencia sobre la noción del alma, fundada en la convicción y no solamente en la fe.

Cuando al evocar los recuerdos históricos de pasadas edades asistimos al florecimiento de una civilización soberbia, civilización que está llamada á ser considerada como la simiente de otras civilizaciones no menos grandiosas, pero quizá menos firmes, porque ninguna ha sobrevivido como la bramínica, que vive y alienta aún con la savia de sus doctrinas y que sin tachársele de quietismo y decadencia, conserva aún el vigor de las pasadas ideas, no podemos menos de reconocer en la evolución del pensamiento un ciclo cuyas fases pueden descubrirse en sus conquistas y cuyo ideal, brillante bajo el cielo del Himalaya, heroico bajo el cielo de la Grecia, austero bajo el cielo de Egipto, ferviente bajo el cielo de Europa en los primeros siglos del cristianismo, se fué desvirtuando al través de las contiendas que la ambición y el fanatismo engendraron hasta perderse en el siglo XIX, entre la lucha por la vida que despliega la ambición y el trabajo, así como las conquistas de la ciencia que han fascinado á media humanidad, creyendo que ha llegado al fin de su jornada, cuando en nuestro concepto las conquistas de la ciencia moderna comienzan á plantear los cimientos de una nueva civilización, cuyos ideales se fijarán en el conocimiento perfecto del hombre y en la investigación de su destino.

Hoy, que la sociología comienza á descubrir nuevos horizontes para la investigación, y que apenas ha lanzado el primer vagido cuando ya ha sentado sobre bases firmísimas esa nueva ciencia, porque la ha referido á las leyes universales de la evolución, siente sin embargo que le faltan aún muchos datos para constituirse como una entidad en la esfera del conocimiento, pues muchas de sus especulaciones no pasan todavía de tener mas que un carácter reflexivo y de observación. No parecerá demasiado aventurado este juicio, cuando se tenga en cuenta que para fijar los datos de la estática social es preciso conocer todas las leyes que rigen á las influencias del medio cósmico en que se desarrolla el parásito humano y para poder sujetar al método inductivo los fenómenos de la dinámica social no es bastante con llegar al pleno conocimiento de las leyes demográficas, sino que es indispensable conocer la evolución psíquica del hombre y saber definir el estado psíquico de la colectividad. Más aún, es preciso apreciar concientemente las aspiraciones del individuo y las aspiraciones de la sociedad, para elevarse progresivamente hasta encontrar los ideales que persigue la humanidad, y que en cada grande época de la vida de las naciones, se definen por una lucha hacia la conquista de una verdad.

Hoy estamos en pleno progreso y así nos hemos habituado á creerlo. Pero detengámonos un momento en el camino á riesgo de ser aplastados y reflexionemos, ¿á dónde tiende el afán de la hu-

manidad en estos momentos? En vano se busca una contestación categórica, porque al lado de los esplendores de la vida material, de cuyos esplendores sólo disfrutan unos cuantos, sólo encontramos una gran masa de desventurados que luchan sin tregua ni descanso por no morirse de hambre; pero seco el corazón, mucho es que en sus horas de ocio no pronuncien una maldición contra el cielo, contra la tierra, contra la humanidad entera. Me diréis que la instrucción es el bálsamo que vendrá á mitigar esos dolores, y que ese es uno de los ideales que persiguen en estos momentos los pueblos cultos. Pero esta reflexión es paradógica, porque un bálsamo podrá mitigar una dolencia, pero no curarla, y la instrucción no es el bálsamo que calmará en el porvenir las llagas del pauperismo, sino antes bien, vendrá á aumentarlas. ¿Por qué? Todo el que tenga rudimentos de la ciencia económica, encontrará muy racional lo que hemos dicho, pues aumentando la concurrencia en un sentido, si los medios de satisfacer las mismas necesidades no aumentan, la lucha es más terrible y sus consecuencias funestas. Esto no quiere decir que repugnemos la instrucción, antes bien, ella será la que traiga esa crisis de la inteligencia y del corazón que sufre para encontrar esos ideales que abrirán nuevos horizontes á la marcha de la humanidad. Si el remedio estuviese en manos de los opulentos y aun de los opulentos ilustrados, es casi seguro que ese momento supremo en la vida de la humanidad se retardaría indefinidamente; pero la evolución tiene que hacerla esa gran masa que piensa, siente, ama y vive la vida de la esperanza, que no seca su corazón cuando se ilustra su inteligencia, sino antes bien, trata de iluminar su fe con la luz de la verdad.

Entonces aparecerá un nuevo Moisés que conduzca á los desheredados á la tierra de promisión y el evangelio de la verdad será predicado á todos los que han soñado en el imperio de la virtud sobre la tierra. Y la virtud consistirá en saber para preveer y preveer para obrar, con perfecto conocimiento de las leyes naturales y su sanción física, psicológica y social. La religión y la ciencia se estrecharán, dándole á la inteligencia y al corazón el alimento que les es propio según la naturaleza del hombre y éste habrá encontrado el sendero de la felicidad según los ideales que se haya forjado conociéndose á sí mismo, conociendo el medio que le rodea y aceptando con fe el problema de una misión sobre la tierra.

(Continuará.)

AVISOS.

CURSO DE RAICES GRIEGAS

POR EL

Dr. Jesús Díaz de León

Obra de texto en la Escuela N. Preparatoria.

6ª EDICIÓN DEFINITIVAMENTE REFORMADA.

Obras de texto en varios Colegios, Institutos y Escuelas, tanto oficiales como particulares en los diversos Estados de la República y en la Universidad de San Salvador, C. A.—La obra más completa que hasta hoy se haya publicado sobre esta materia.

Impresa en París.

LIBRERÍA DE LA VDA. DE C. BOURET.—5 DE MAYO, 14.—MÉXICO.

CURSO de RAICES LATINAS

—POR EL—

Dr. JESUS DIAZ DE LEON.

Investigación filológica del origen latino de las voces castellanas, para uso de los Establecimientos de Instrucción normal y secundaria.

Esta obra es un complemento necesario al Curso de Raíces Griegas.

1 vol. en 8º de 240 páginas á la rústica. De venta en la Imprenta de Ricardo Rodríguez Romo, al precio de $ 2. 25 el ejemplar.

☞ TODO PEDIDO DEBERÁ VENIR ACOMPAÑADO DE SU VALOR.

LECCIONES DE COSAS

Año preparatorio de la enseñanza de las Ciencias Físicas y Naturales al alcance de los niños, escrito para las escuelas primarias

—POR EL—

Doctor Jesús Díaz de León,

autor de las "Nociones de Agricultura," "La Enseñanza Moral en la Escuela Primaria," "Curso de Raíces Griegas para las Escuelas Normales," etc., etc.

COMPRENDE

La guía del Maestro y el texto para el niño.

OBRA DE TEXTO EN LAS ESCUELAS OFICIALES Y PARTICULARES EN CASI TODOS LOS ESTADOS.

Primer grado.—Libro escrito para el Segundo año escolar conforme á la Ley reglamentaria de la Instrucicón obligatoria en el Distrito Federal y Estados que la hayan aceptado.

1 Tomo en 12º con 70 ilustraciones, valor $ 0.40. De venta en la Librería de C. Bouret. 5 de Mayo 14. México.

EL LIBRO DEL HOGAR

—POR EL—

Dr. JESUS DIAZ DE LEON.

Consejos á las madres para conservar la salud de sus hijos y prevenir sus enfermedades.

Obra de grande interés para toda madre de familia, con cuyos consejos puede salvar en muchos casos la vida de sus hijos.

Esta obra no debe faltar en ningún hogar.

De venta en la Librería de la viuda de C. Bouret.—México. 5 de Mayo 14 y en la Imprenta de R. Rodríguez Romo.—Aguascalientes. Calle de Zavala, letra C.

☞ PRECIO DEL EJEMPLAR Á LA RÚSTICA, $ 0.62 CTS.

Imprenta de Ricardo Rodríguez Romo.
CALLE DE ZAVALA, LETRA C.